

Ante la situación de conflicto en Centroamérica considera que las Islas de San Andrés y Providencia adquieren importancia estratégica, debido a su localización entre Cuba y Nicaragua y a las facilidades para el control marítimo y aéreo. En ésta perspectiva ubica la reclamación de Nicaragua sobre estos territorios. Cree que el desplazamiento del eje de acción del comunismo al área del Caribe, coloca a Colombia como el futuro foco revolucionario de América Latina. Finalmente muestra el oscuro panorama mundial: "la libertad amenazada; el pensamiento encadenado, la hoz segando no ya mieses para la subsistencia de los necesitados, sino conciencias para el beneficio de sus ambiciones y este nuevo hemisferio, el Caribe que sirvió de sendero a civilizaciones cargadas de presagios de gloria, de bonanza y de progreso, se torna turbulento, envenena las conciencias, rasga las ataduras de la hermandad y lanza contra la integridad del continente el sino fatal de la subversión y la anarquía".

Indudablemente este libro deberá ser leído y sus opiniones tenidas en cuenta por todos los sectores implicados y comprometidos en el proceso de paz. Proceso que podría entrar en una nueva fase, dado el reciente cambio de gobierno y sus repercusiones en la política nacional e internacional.

ELSY MARULANDA A.

HERBERT BRAUN: *MATARON A GAITAN*, Bogotá: Ediciones Universidad Nacional, 1987.

En la memoria de los colombianos, el 9 de abril de 1948 se revuelve como una jornada llena de eventos extravagantes y desproporcionados que aún no cesan de mover a asombro a la conciencia nacional. La magnitud de los destrozos ocasionados ese día en Bogotá por un pueblo que hasta casi la víspera se había comportado con sumisión y deferencia proverbiales y que de repente se manifiesta como una fuerza arrolladora y temible que ni las autoridades ni cualquier otra instancia directiva logran refrenar, quedaron grabados en la historia nacional como evidencia de que la vida social incubaba fuerzas recónditas capaces de despertar cualquier día y echar por tierra todo asomo de normalidad y cordura.

Para Herbert Braun, sin embargo, lo sorprendente del 9 de abril no es precisamente la colección de hechos protuberantes e insólitos

que tuvieron lugar ese día, sino casi todo lo contrario: la enorme cantidad de sentido que puede hallarse en el caos característico del "bogotazo". Bajo este supuesto, Braun se dispone a practicar un interesante ejercicio de microhistoria, siguiendo una serie de intuiciones que apuntan, como lo anota explícitamente el autor, a dismantelar algunos prejuicios más o menos académicos sobre el sentido fatídico de la historia latinoamericana, a restituirle al pueblo y concretamente a la multitud de ese día un papel activo y lleno de significación en la configuración peculiar de la sociedad colombiana y en el devenir de la vida nacional, y a observar una serie de cambios en el comportamiento público de la clase política y en la relación de ésta con la masa popular en el contexto de un proceso de modernización económica y renovación social del país.

El resultado no es otra cosa que el mismo 9 de abril por todos conocido, con su muchedumbre embriagada, sus edificios en llamas, sus almacenes saqueados, sus muertos anónimos, sus tranvías destruidos, sus políticos desconcertados. Pero la reconstrucción de Braun está apoyada en una colección de hechos y consideraciones tan llena de matices y complejidades, y sigue una secuencia tal que al final del libro, cuando el cuadro se completa, vemos los demenciales sucesos con una luz harto distinta de aquella a la que hemos estado acostumbrados.

Para lograr su propósito, el autor se remonta a diversas instancias donde encuentra el germen de su interpretación, señalando como la primera de ellas, la más fundamental, la relación entre los dos polos que Gaitán definió respectivamente como el "país político" y el "país nacional", y las modificaciones que dicha relación comenzó a sufrir con motivo de la emergencia en Colombia de una tendencia capitalista en la economía y el consecuente cambio que propició en la valoración de la vida pública. Así, conociendo el comportamiento histórico de cada uno de los elementos que entran en esa relación, el cuadro del 9 de abril debe iluminarse y adquirir una lógica transparente.

Con esta perspectiva, Braun nos describe la Colombia de los años 30 como una sociedad desarticulada donde, por una parte, una reducida élite política práctica, como en un tablero de ajedrez, el juego de decidir racionalmente los movimientos que deben efectuar las piezas que representan a las diferentes fuerzas sociales, mientras que por otra, un pueblo ignorante, desentendido del control de su propio destino, se deja imponer pasivamente una existencia lánguida y menesterosa, como si su único papel fuera el de un gran parásito en una historia que pertenece a otros.

A lo largo de la obra la figura de Gaitán se va perfilando con referencia a esas condiciones que definen la personalidad política y

social del país. El Gaitán de Braun no es el personaje contingente destinado a asombrar tanto a sus amigos como a sus opositores; es más bien el producto necesario de una configuración largamente gestada, y en una coyuntura muy precisa de la historia nacional. Asimismo, el 9 de abril, pese a la multiplicidad de circunstancias fortuitas que lo originaron y que determinaron su curso, sería el resultado lógico y tal vez inevitable de la irrupción del líder popular y de la función que éste cumplió en un medio que por tradición le era ajeno y cuyo equilibrio se había construido a través de tanta historia.

En el primer capítulo, Braun describe ese acuerdo civilizado entre los dos partidos tradicionales conocido como la "convivencia", destinado a perpetuar la fisura abisal entre la élite política y la masa de sus seguidores, así como a mantener una ficción de democracia que se apoyaba en la evocación de principios ideológicos hondamente arraigados en el pueblo.

Por su extracción popular, por su tenaz ambición y por el éxito que logró en su empeño de insertarse en el mundo de la política que en vano se obstinó en no concederle el espacio que reclamaba, es lógico que Gaitán, como lo afirma Braun, se hubiera erigido en puente entre los dos mundos separados que formaban parte de la sociedad colombiana; y que al hacerlo, le confiriera al pueblo una importancia y una existencia política que nunca antes nadie le había reconocido. El autor ilustra minuciosamente este proceso a lo largo de cuatro capítulos de su obra en los que va construyendo una semblanza del caudillo que abarca sus orígenes sociales, su formación intelectual, sus atributos personales, sus ideas, su relación con el pueblo, sus estrategias políticas y la avasalladora carrera que culmina el día de su asesinato.

A partir de ese instante, todas las piezas del rompecabezas deben encajar perfectamente para completar un cuadro que no tiene por qué sorprender a nadie; todo ocurrió, según Braun, como debía ocurrir: la muchedumbre actuó según los cánones clásicos de la sicología de masas; los políticos hicieron lo único que podían hacer en ese "...motín espontáneo, el bogotazo, donde los papeles de dirigentes y seguidores se invirtieron y donde ninguno de los actores tuvo tiempo de preparar su representación" (Braun, p. 19); y al final, cuando según uno de los testigos la revolución fue abortada por indigestión, todo volvió a ser como antes de la impertinente aparición de Gaitán en la escena pública, cuando unos se disputaban el derecho sagrado de mandar y otros se limitaban a callar y a obedecer. Así de simple.

Pero es de advertir que la obstinación de Braun en hallarle un sentido lógico a los hechos del nueve de abril puede llevarlo a

conferirles a muchas acciones una intencionalidad que acaso no tuvieron. Las oleadas consecutivas de actividad que despliega la muchedumbre amotinada y para cada una de las cuales el autor tiene una explicación perfectamente coherente, pueden no corresponder a lo que se describe como una sucesión de estados de ánimo y una progresiva toma de conciencia de la situación real por parte de la multitud, que la llevan del deseo de clamar justicia y hacerse con el poder, a la ira destructora, y de ésta al saqueo, índice de aceptación de un mañana en el que habría que seguir viviendo, no importaba en qué condiciones de normalidad. En lugar de admitir esta explicación podemos pensar que los distintos hechos fueron protagonizados por diferentes sectores del "pueblo" (ese concepto vago y heterogéneo al que se pretende dar uniformidad en torno a Gaitán), cada uno de los cuales intenta sus propias vías de retaliación, para acabar por imponerse la amplia porción de los marginales que probablemente en sus vidas cotidianas anteriores al nueve de abril poco tuvieron que ver con preocupaciones de orden político o con la figura misma del caudillo. Esta última posibilidad se ve reforzada por la misma descripción que hace Braun del tipo de "pueblo" destinado a ser la materia prima de la sociedad ideal que anidaba en la mente de Gaitán y que muy probablemente constituyó el núcleo esencial de sus seguidores: no era el lumpen desposeído y anárquico que el día del bogotazo se dedicó al saqueo y a la destrucción, sino las honradas clases de los pequeños propietarios y de los trabajadores asalariados cuyos méritos radicaban más en el paciente esfuerzo personal que en la fogosidad insurreccional.

Esta posible fragilidad en el sólido edificio interpretativo que construye Braun no debe, sin embargo, desviar la atención de los grandes méritos que exhibe la obra. Se esté de acuerdo o no con las líneas generales de la explicación, es innegable que ésta constituye un prolífico esfuerzo de ordenamiento y como tal un invaluable aporte a la comprensión de esos hechos que marcan un hito tan importante de la moderna historia nacional. Tampoco es desdeñable la riqueza factual que el autor logra desplegar como producto de una ardua investigación que no se limita a escudriñar los sucesos del nueve de abril sino que se adentra con fructífera curiosidad en una serie de situaciones colaterales que hablan con elocuencia de la cultura política del país. Así, tanto la figura de Gaitán como el nueve de abril se convierten, en la perspectiva abierta por Braun, en verdaderos paradigmas de la sociedad colombiana y de la coyuntura histórica por la que entonces atravesaba, proyectando interesantes luces sobre el pasado en el que se fueron gestando esos eventos, tanto como sobre los rumbos que el país había de seguir a partir de entonces.

MIGUEL ÁNGEL LOZANO